

## ECOS DE PARÍS

**N**ADA de particular ha tenido la celebración del centenario del Romanticismo, reducida a ceremonias privadas y de escasa resonancia. Fuera de los artículos circunstanciales, que han visto la luz en los periódicos de todas las tendencias, nada sobresaliente ha venido a conmemorar esta solemnidad literaria.

Posiblemente el romanticismo es un hecho literario por el cual se experimente hoy un íntimo disgusto. Tal vez sus figuras culminantes están ya estudiadas en demasía. El hecho es que no se ha publicado en estos días ninguna de esas obras generales que tanto abundan en la literatura crítica francesa, destinadas a resucitar con relieve propio, con vida efectiva, las figuras de una época.

Ni se anuncian tampoco libros de esta clase, que pueden ser de gran éxito si lo suscriben personas que como el profesor Mornet manejan con tanta certeza los datos históricos y las referencias eruditas en un estilo lleno de encanto.

Pero si no ha sido celebrado el centenario del Romanticismo, cosa por lo demás vaga y que nadie sabe precisamente en que consiste, en cambio día por día aumenta el número de libros que tratan temas de historia literaria, de crítica o de biografía. Uno de los últimos sucesos literarios que ha dado origen a polémicas es un libro biográfico de Marius André, titulado «La verídique aventure de Christophe Colomb». Otro aplaudido trabajo es el de M. Henri Massis, «Defense de l'Occident». Se espera en fin, con impaciencia la próxima publicación del libro sobre Disraeli que ha escrito André Maurois, profundo conocedor de cosas inglesas.

La literatura de nuestros días tiene como atractivos fundamentales las obras en que interviene más la inteligencia que la capacidad creadora, la investigación, que el bello estilo. ¿Será por eso que el centenario del romanticismo ha pasado poco menos que inadvertido?

\* \* \*

Pero si las figuras del romanticismo no han dado motivos a trabajos de consideración, M. de Balzac sigue siendo un tópicó de investigaciones y de críticas dignas de mención. Bien deslindada ya su obra, lo que más interesa a sus comentadores de hoy es su vida, y dentro de ésta, particularmente sus luchas económicas, sus oscuros comienzos literarios y sociales, y sus amores. En los últimos meses son varios los libros suscitados por la gigantesca figura de Balzac.

No hablaremos de ellos por el momento, sino de una iniciativa generosa que ha sido expuesta por un admirador del maestro. Luis Latourrette, en efecto, ha sostenido en un artículo brillante y conmovedor la necesidad de que los restos de Balzac pasen a ocupar en el Panteón nacional el lugar que les corresponde junto a los de tantos otros gloriosos cultivadores del arte y las letras francesas.

Actualmente la tumba de Balzac se halla en el Père Lachaise, en sitio humilde, desprovisto de toda solemnidad especial, y se encuentra en un estado de abandono incompatible ciertamente con el aprecio que el público francés siente por su novelista preferido.

Recuerda M. Latourrette que hace algunos años un diputado propuso a la Cámara el traslado de los restos de Balzac al Panteón. Este proyecto de ley no llegó a ser consagrado y, por lo tanto, todo quedó en intención. M. Latourrette propone que los ex Ministros de Instrucción Pública de Francia formulen nuevamente un proyecto de «panteonización» de Balzac, seguro de que encontrará favorable acogida en el Congreso.

\* \* \*

En la interesante revista marsellesa *Cahiers du Sud* se ha iniciado hace poco una encuesta planteada en la siguiente forma: «¿Piensa usted que las literaturas que le son familiares sean exacta y suficientemente conocidas, en su espíritu y en su forma, por sus traducciones en lengua francesa? Si no, ¿cuáles son, a su juicio, las obras o los autores, antiguos o modernos, que ignoramos que han sido insuficientemente o malamente traducidos?»

Las contestaciones a esta encuesta no se han hecho esperar. Entre los que han respondido citemos a Valéry, André Gide, Valery Larbaud, Jean Cassou, Benjamín Crémieux, Franz Hellens, Andre Levinson, Theo Varlet, etc., etc.

Entre las diversas tendencias que se acusan en estas contestaciones, citemos la que insinúa el crítico Crémieux con excepcional hondura: «Hay—escribe—en cada literatura obras de igual importancia, de igual valor, de las cuales unas son obras de exportación y otras exclusivamente nacionales. Ninguna literatura puede ser considerada como enteramente comunicable fuera de su país de origen. Lo esencial es, pues, no traducirlo todo ni traducir mucho, sino traducir, de cada país, las obras asimilables y fertilizantes».

Más concretamente, M. Bazalguette ha pedido que se traduzcan el teatro clásico español, las grandes novelas inglesas y rusas, los románticos alemanes, etc., a fin de que su adquisición sea en Francia tan fácil como lo es la de los propios autores clásicos.

Jean Cassou, por su parte, señala con agudeza la dificultad en que se halla el ciudadano de un país para comprender la obra literaria y artística de otro, y atribuye a esta dificultad los frecuentes errores que se observan en la apreciación de los fenómenos literarios extranjeros.

Es de esperar que esta encuesta sirva para atraer la atención de los traductores franceses a muchas obras que aguardan desde hace muchos años el turno de una traducción que no llega.

ESPECTADOR.